

## MALLORCA BAJO EL DOMINIO AUSTRIACO

JAIME SALVÀ

Al ocurrir la muerte sin sucesión directa de Carlos II la situación de España era de extrema debilidad y agotamiento por efecto de las frecuentes guerras en que se había visto envuelta en diversos frentes. Las adversidades públicas habían creado un ambiente de ánsia de reformas que se refleja en la copiosa literatura crítica y arbitrista de aquella época y el inminente cambio político parecía a los amantes de novedades ocasión propicia para la regeneración de los viejos organismos de gobierno. Los mallorquines quisieron celebrar el advenimiento de la nueva dinastía con mayor solemnidad que otros coronamientos regioes como si fuese prenda de esperanza de futuras prosperidades, pero el transcurso de un breve periodo de insegura paz solo sirvió para que fermentase el descontento.<sup>1</sup>

Era inevitable que la sucesión española produjese una conflagración internacional dadas las apetencias, recelos y ambiciones que giraban alrededor del llamado equilibrio europeo, siempre invocado con aparente celo de la paz y como pretexto para oponerse a cualquier engrandecimiento inmoderado de una gran potencia. Era Virrey de Cataluña el Príncipe Jorge de Darmstadt, que como alemán era adicto al Emperador y al ser relevado en el gobierno por el Conde de Palma, hermano del Cardenal Portocarrero, dejó sembrada la discordia en aquel terreno ya dispuesto a la rebelión. La escuadra anglo-holandesa del Almirante Hooke apareció ante Barceona en 27 de mayo de 1704 con intención de rendirla, pero fracasada esta intentona se retiraron los aliados. Repetido el intento por el Almirante Petersboroug, se presentó con el Archiduque a bordo en 22 de agosto de 1705 y sitiada la ciudad por el ejército de desembarco, capituló en 9 de octubre, entrando en ella Carlos de Austria que dió principio a su reinado con el nombre de Carlos III.

Desde Barcelona mantuvo una activa conspiración en Mallorca a favor del Archiduque el Conde de Zavellá, prócer catalán arraigado en

---

<sup>1</sup> SALVÀ, *Fiesta caballeresca en el Borne*. BSAL, 1972, 287.

la isla donde poseía importante patrimonio heredado de los Pax y estaba emparentado con familias de la primera distinción. Con su influjo se formó un partido austríaco en el que entraron con sus deudos y amigos algunos nobles mallorquines que habían sostenido estrechas relaciones con el Almirante de Castilla, el Conde de Oropesa, el Marqués de Leganés y otros personajes de conocida adhesión al de Austria. Este partido, fomentado clandestinamente por los agentes del Conde de Zavellá encontró eco en el sentimiento popular, respetuoso con el recuerdo de los reyes de la extinguida dinastía y movido sin duda por las vejaciones que al comercio exterior habían causado los navíos franceses en las guerras anteriores. El Marqués de San Felipe, escritor coetáneo, nos da noticias muy precisas de esas parcialidades con estas palabras: "Tomaron este partido (el del Archiduque) D. Nicolás Truyols, Marqués de la Torre, y casi toda su familia, las de Escallar (Descallar), Bordils, Net, Berard, Dameto y Saforteza (Zaforteza). A estos siguieron hombres de menor representación y uno de ellos llamado Salvador Truyols fue erigido en caudillo del tumulto popular que se prevenía. Casi toda la nobleza nueva era del partido austríaco y no pasaban de veinte y cinco los caballeros que seguían el partido del rey Felipe".<sup>2</sup>

La escuadra inglesa del Almirante Leak se presentó de improviso procedente de Barcelona el 24 de septiembre y en ella venía con plenos poderes el mismo D. Juan Antonio de Boxadors, Conde de Zavellá, antes mencionado. Una sola granada disparada desde la bahía fue suficiente para producir la alarma en la Ciudad ante el temor de un bombardeo como el que había otrora sufrido Barcelona, pues careciendo de guarnición de tropas regulares y sin posibilidad de recibir socorro era inútil toda resistencia. Mallorca estaba abandonada a su suerte lo mismo que las demás islas Baleares y nada había hecho para su defensa el gobierno de Felipe V ni menos podía hacer en aquella coyuntura en que el Rey andaba huído de Madrid ante el empuje de los aliados. El cronista Terrassa dice en sus Anales manuscritos: "Lo mismo fue ver la escuadra que querer todos rendirse, a excepción del Virrey y el señor Obispo y de algunos caballeros a quienes costó no poco el mostrarse afectos a la casa de Francia y a nuestro legítimo rey Felipe V".<sup>3</sup> Esto no obstante, intentaron las autoridades levantar el ánimo de la gente recorriendo la ciudad a pie y dando vivas al rey Felipe, mientras una compañía de los *Doscientos*, única fuerza disponible, se situaba a la entrada de la ciudad por la parte del mar. Por la puerta del Muelle entraba mientras tanto una multitud compuesta principalmente por gente de mar que bajaba de la Atarazana e invadía el Borne y sus alrededores

<sup>2</sup> MARQUÉS DE SAN FELIPE, *Comentarios de la guerra de España*. Edición de Génova, 254.

<sup>3</sup> TERRASSA, *Anales*, 1706.

gritando ¡Viva Carlos III y mueran los *botiflers*<sup>4</sup>! sin que los pudiera detener un destacamento de los *Doscientos* que se les opuso en las inmediaciones de la Lonja. Lo mismo intentó D. Gabriel de Berga, capitán de caballos corazas, con las fuerzas de su mando y aunque los contuvo en la puerta con un pelotón de sus tropas bisoñas y mal organizadas, un arcabuzazo le hirió de muerte y desbocándose su caballo vino a caer exánime junto a la iglesia de San Francisco de Paula. Fue inminente la desbandada de sus soldados y ante la confusión general que se produjo se dispersaron los alborotadores, algunos de los cuales no pararon hasta la sierra de *Na Burguesa*. El cabecilla del motín, el caballero Salvador Truyols, logró refugiarse en la armada donde fue recibido con abrazos por el Conde de Zavellá y los generales extranjeros. Aparentemente dominado el motín, resultó sin embargo vencedor. Parece que el Virrey Conde de la Alcuja intentó una desesperada defensa o por lo menos ganar tiempo cuando envió a la armada a negociar a los caballeros D. Jerónimo Pablo de Puigdorfil y D. Miguel Cotoner, del partido del rey Felipe y solo obtuvo una rotunda negativa, pero aquella noche fue a hablar con el Conde de Zavellá D. Tomás Burgues Zaforteza, del partido contrario, y al fin convencido el Virrey de la inutilidad de la defensa y viéndose rodeado de enemigos diputó al Conde de Montenegro, el Marqués de Bellpuig, D. Juan Sureda y D. Salvador Sureda de Sant Martí para pedir capitulación.

La noticia cundió con rapidez y fue general la explosión de alegría. Aquella noche y la del sábado 25 fue paseado por la ciudad el retrato de Carlos III con hachas encendidas entre apausos y vítores. El lunes volvieron a la armada D. Salvador Sureda y el Marqués de Bellpuig donde quedaron en rehenes a cambio de los oficiales superiores, uno inglés y otro holandés, que hospedó en su casa el Conde de Montenegro. El desorden, sin embargo, crecía el martes 28 y hasta los presos de la cárcel rompieron las puertas y salieron a la calle, mientras gran número de payeses entraron en la ciudad y se dedicaron a saquear, junto con el populacho de intra muros, las casas de los residentes franceses. Ante el desorden reinante los marineros representaron a los Jurados para manifestar que ellos se habían alzado por odio a los franceses y por su natural afecto a la Casa de Austria y se ofrecieron a librar de ladrones la ciudad. El choque se produjo y fue preciso rogar a Salvador Truyols,

<sup>4</sup> El historiador D. Alvaro Campaner en su *Cronicón Mayoricense* pág. 284, nota, dice: "No conozco el significado de la palabra *botiflers* pero sí, como parece segura, se designaba con ella a los parciales del régimen caído (entre los que figuraban familias muy principales) sospecho si aquella pudo dar origen a alguna otra, no mas culta, con que aún en nuestros días suele designarse a la personas de las clases elevadas". Se refiere el preopinante al mote vulgar *botifarra* que, sin ser palabra castellana ni tener dignidad filológica, ha sido cobijada con la grafía *butifarra* nada menos que por el Diccionario de la Real Academia Española en una acepción que poco tiene que ver con su supuesto origen etimológico.

refugiado en los barcos, que volviese a tierra para restablecer el orden y efectuándolo consiguió con su presencia apaciguar a los revoltosos.<sup>5</sup> Entre tanto, el domingo 26 cerca de las doce de la noche convocó el Virrey a los Jurados para que acordasen los capítulos que debían proponerse. La propuesta del Virrey contenía 15 capítulos que fueron aceptados por el Grande y General Consejo reunido al efecto. El 28 volvió a reunirse el Consejo y en presencia de todos sus miembros se abrió el pliego de contestación del Almirante inglés a la propuesta de Capitulación.

La capitulación se firmó la tarde del mismo día 28, a cuyo efecto los Jurados acompañados por dos individuos de cada estamento se trasladaron a la capitana de la escuadra y seguidamente quedaron en libertad los dos rehenes allí retenidos así como se reintegraron a sus navíos los dos oficiales mayores que se hospedaban en casa del Conde de Montenegro. Por virtud de los capítulos firmados la plaza con la isla de Mallorca y todos sus castillos y fuertes se entregaron a las armas del nuevo monarca Carlos III y de sus aliados después de transcurridas doce horas de la firma; se estipuló que cuidaría la ciudad que inmediatamente después se ocupasen para el Rey la puerta del Campo y el baluarte del Príncipe: se autorizaba al depuesto Virrey Conde de la Alcuía como también a los ministros de la Real Audiencia, del Patrimonio y de los demás tribunales y cualesquiera otros oficiales reales o universales de cualquier grado o condición, así como a cualesquiera otras personas naturales de la isla o forasteros que quisieran ausentarse con sus familias, alhajas y dinero, con la sola excepción de que los franceses no sacasen porción alguna de sus efectos. Otros capítulos se referían a la confirmación de los privilegios del Reino, al respeto debido a las iglesias, conventos, hospitales y demás lugares sagrados y a que no se introdujese novedad en cuanto a la inmunidad y privilegios eclesiásticos. El capítulo 6.º aludía a la guarnición francesa del castillo de San Carlos que sería conducida a un puerto de Francia con su armamento y equipaje.<sup>6</sup>

El día siguiente bajó a tierra el Conde de Zavellá y dirigiéndose directamente a casa de su suegro D. Francisco Sureda de Sant Martí recibió allí la visita de toda la nobleza y del clero secular y regular, "no habiéndose visto jamás un aplauso tan unánime y general", según advierte un noticiario de entonces.<sup>7</sup> La nota contrapuesta a este general asenso la dió D. Marco Antonio Cotoner que en esta misma fecha y para

<sup>5</sup> *Anales re Terrassa y Crónica Mayoricense.*

<sup>6</sup> Pueden verse las capitulaciones en las actas del Consejo, Archivo del Reino de Mallorca, sig. 73, folio 47. En el Archivo del Marqués de la Torre existe una copia de esta capitulación en un folleto sin pie de imprenta archivado con la signatura, Sección Truyols, legajo 35, pliego 14.

<sup>7</sup> *Crónica Mayoricense*, 488.

no tener que firmar la capitulación hizo levantar acta al notario de la Universidad de su renuncia al cargo de Jurado *en cap* y se ausentó de Mallorca juntamente con los caballeros D. Miguel Bordils, del hábito de San Juan, D. Antonio de Puigdorfila y D. Ramón Despuig, permaneciendo aquel en Madrid hasta que Mallorca se rindió a Felipe V. La solemne entrada del plenipotenciario Conde de Zavellá, pues tal nombramiento llevaba con Real Despacho firmado en Guadalajara en 8 de agosto anterior, se verificó el viernes 1.º de octubre, fecha que coincidía con el cumpleaños de la Real Persona. Hizo su entrada por la puerta del Campo, en la que fue recibido por los Jurados y autoridades y llegada la comitiva a la plaza de Cort siguió por detrás de Santo Domingo hasta la catedral y allí fue recibido por el Cabildo y clero en hábitos corales, y entonado por el Obispo (que era decidido partidario de Felipe V) fue cantado un solemne *Te Deum*, concurriendo el clero parroquial y los gremios con sus pendones, síndicos foráneos, empleados *universales* y numeroso concurso de gente de todas clases y condiciones. El nombramiento de Lugarteniente y Capitán general a favor del mismo personaje fue comunicado por carta de Rey de 18 de diciembre de aquel año.

La proclamación de Carlos III se celebró el 4 de octubre en la plaza de Cort, siendo solemnemente jurado y confirmando en su nombre los fueros y privilegios del Reino el Conde de Zavellá entre vítores, aplausos, descargas y salvas de artillería. Embarcaron por entonces para sus respectivos destinos las tropas francesas que guarnecían el castillo de San Carlos, el destituido Virrey, los jueces de la Real Audiencia que no quisieron acatar al nuevo soberano y algunos caballeros mallorquines discrepantes del general consenso, y la armada extranjera dando por cumplida su misión se hizo a la vela la misma noche de la proclamación, quedando sólo una guarnición de 200 ingleses en substitución de los franceses expulsados. Fuera de los que voluntariamente se ausentaron, el nuevo Virrey *dió cartilla*, como entonces se decía, o sea extrañó del Reino, al Obispo de la diócesis D. Francisco Antonio de la Portilla y a nueve caballeros conocidos por su adhesión al régimen caído, los cuales permanecieron en Barcelona hasta el 25 de agosto de 1709 "sin que se les tomase ninguna declaración" anota el doctor Vidal y agrega: "Se ve que era pura precaución". Todos tuvieron tiempo de acatar los hechos consumados y algunos se movieron en los alrededores de la Corte. En una carta dirigida al Marqués de la Torre, firmada por D. Ramón Brondo, D. Mateo Zanglada Sureda y Gual, D. Ramón de Puigdorfila y D. Ramón Fortuny de Ruesta le participan que fueron a Palacio el 20 de octubre de 1707 a besar la mano a Su Majestad y el 25 fueron convidados a la función de cubrirse un Príncipe napolitano. En contra, una información posterior (1718) alude al duro trato que recibieron los desterrados, pero algo hay que rebajar de los alegatos con que se intenta acre-

centar los méritos de lealtad acrisolada ante la perspectiva de una codiciada recompensa.<sup>8</sup>

La inquietud de reformas halló ocasión oportuna de manifestarse con la presentación de 38 capítulos que fueron sometidos a examen y deliberación del Consejo y abarcaban muy diversos temas, como reglas de buen gobierno, procedimientos de las curias y tribunales, facultades de los gremios y oficios, capitalización de censos, funcionamiento de las instituciones políticas y cuestiones económicas, tales como la provisión de cereales y la exportación de productos de la isla. Con ser la situación económica de la Universidad tan precaria, se advierte la preocupación constante por moderar los tributos, especialmente los que se juzgaban más gravosos para los pobres. Algunas de estas propuestas fueron aprobadas y otras diferidas o elevadas a la superioridad. Las exigencias de la guerra eran apremiantes y podía esperarse la demanda de víveres para el ejército que el Consejo sólo podría conceder después de abastecido el mercado interior. A fines de 1707 existían las esperanzas de una buena cosecha, pero cuando a principios del año siguiente el virrey pidió la entrega de trigo para las tropas de Cataluña sólo se pudo autorizar la extracción de 6.000 cuarteras y pronto se dieron cuenta de que con sólo la divulgación de la noticia habían subido rápidamente los precios del mercado y fue preciso tasarlos y al fin no se entregaron más que 1.300 cuarteras después de dejar el mercado suficientemente abastecido.

Durante el año 1706 la guerra había sido favorable a los aliados en varios frentes. Mientras la parcialidad del Archiduque se propagaba en el levante español y se extendía por Aragón, en Italia el Príncipe Eugenio de Saboya avanzaba con su ejército de alemanes hacia las orillas del Mincio con intención de socorrer a Turin sitiada por los franceses. Empeñada fue la contienda y al fin los alemanes lograron romper la línea fortificada defendida valerosamente por el Conde de Marsin, general francés que había sido Embajador de Luis XIV en Madrid, que mortalmente herido fue preso y luego expiró. Permaneció indecisa la acción hasta que la caballería tudesca pudo ceñir a la infantería enemiga en la que causó gran destrozo. Vencidos los franceses, el Duque de Saboya pudo entrar en su ciudad mientras el ejército vencido no cesó en su retirada hasta internarse en Francia con bastante desorden y los pocos españoles que quedaban se retiraron a Milán y Mantua. La consecuencia final de la victoria de Turin fue que, una plaza tras otra, todo el Milanesado pasó a poder del Emperador. No fue mejor la suerte de

<sup>8</sup> Estos nueve caballeros eran D. Pedro Net, el Marqués de Bellpuig, D. Antonio de Pueyo, D. Ramón Fortuny, D. Nicolás Fortuny, D. Mateo Gual-Zanglada, D. Ramón Brondo, D. Gaspar de Puigdorfilá y D. Ramón de Puigdorfilá. La carta mencionada se conserva en el Archivo del Marqués de la Torre, Sección Truylols, 64, pliego 14.

los franceses en los Países Bajos, donde perdieron el Brabante, descalabro apenas contrarrestado por la victoria del Mariscal de Villars en el Rin. La adhesión de Portugal a la alianza abrió un nuevo frente por Extremadura; el Marqués de las Minas avanzó por Castilla pero se vio precisado a emprender la retirada perseguida por el Duque de Berwick y no siéndole posible atravesar la Mancha por la hostilidad del paisanaje, se vio empujado hacia las llanuras del Tajo donde podía maniobrar mejor la caballería enemiga. Pudo juntarse, no obstante, el ejército del rey Carlos en tierra valenciana y juntas estas fuerzas pasaron el Júcar y acamparon en las llanuras de Almansa, donde también tenían sus posiciones los franco-españoles. La batalla fue sangrienta y empeñada y el ejército mandado por el Duque de Berwick alcanzó una completa y decisiva victoria que afianzó en su trono a Felipe V, ya reintegrado a Madrid después de la fugaz ocupación de la capital por los anglo-portugueses. La famosa batalla de Almansa se libró el 25 de abril de 1707 y por contraria fortuna poco después caía en poder de los austríacos el reino de Nápoles.

La conquista de Nápoles fue celebrada en Mallorca con luminarias y públicos festejos ordenados por pregón, pero "sin llevar armas ni caras tapadas", pues no cesaban las rondas por la ciudad y la captura y subsiguiente embarco de desafectos. Tres días duraron los festejos sin que faltasen un solemne *Te Deum* y una encamisada que celebró la nobleza con muchos vivas a Carlos III, gritos que con distinto motivo se oyeron también en ocasión posterior, proferidos por una multitud de más de 200 hombres que seguían a un sujeto sacado a la vergüenza por ladrón que, no obstante ir amordazado, no cesaba de gritar ¡Viva Felipe VI! Subsistía la inseguridad y menudeaban los destierros en prueba de que la unanimidad no era tanta como se afirmaba y aunque el Marqués de San Felipe asegura que los eclesiásticos participaban en la conjura contra Felipe V y que trascendió esta opinión a los regulares, principalmente a los capuchinos, otras fuentes rebajan esa unanimidad en el clero, como un anotador curioso que nos informa de que en octubre de este año (1706) salieron desterrados por *botiflers* en una nave maltesa ocho religiosos mínimos y ocho jesuitas "y muchas otras personas de la ciudad y de los pueblos". La verdad oficial era la adhesión entusiasta del Reino y para testimoniarla personalmente al soberano se designó como Embajador o Síndico a D. Nicolás Truyols, personaje conspicuo del partido austríaco, a quien se adjudicó una ayuda de costa de 600 doblones,<sup>10</sup> lo que no le evitó algún detrimento de su hacienda para representar dignamente al Reino en la fastuosa corte barcelonesa.

Dominada Mallorca, pudo con facilidad ser ocupada Menorca y

<sup>9</sup> *Cronicón Mayoricense*, 488.

<sup>10</sup> SALVÁ, *Embajada de Mallorca a la Corte de Barcelona* (1707) BSAL 1973.

rendida Ibiza, quedando de este modo las Baleares a la obediencia del Archiduque como todos los demás países de la antigua corona de Aragón. En 10 de octubre de aquel año D. Juan Miguel Saura, de Ciudadela, escribió al Conde de Zúñiga noticiándole que había movido los ánimos de los naturales en favor de Carlos de Austria y pedía ayuda para reducir el castillo de San Felipe. Contestó el Virrey que la flota aliada había salido a la mar, pero el 25 del mismo mes Saura y los Jurados pidieron dar aviso al Virrey de que Menorca había proclamado a Carlos III, salvo el castillo de Mahón para cuya expugnación pedían socorro de gente, provisiones de boca y guerra y el apoyo de algún navio para impedir que pudiera ser socorrida la fortaleza. El Consejo de Guerra reunido urgentemente acordó enviar a la mayor brevedad 200 hombres armados además de pólvora, balas y provisiones de boca. Antes de llegar a la isla este socorro entraron en el puerto de Mahón, en febrero de 1707, seis navios franceses del Conde de Villars y con una columna de desembarco restituyeron fácilmente la isla a la obediencia de Felipe V con ayuda de sus influyentes familias, los Martorell y los Squella. Mas no tardaron en desampararla los navios franceses y en 29 de septiembre de 1708 la recuperó la escuadra inglesa de Leake. La escuadra no llevaba tropas de desembarco, pero lanzó a tierra una columna de dos mil marineros, gente no apta entonces para la lucha en tierra, que ocupó Ciudadela, capital de la isla, y ante el castillo de San Felipe se fingió abrir trincheras y con esta estratagema consiguieron los ingleses la entrega del castillo y en toda la isla fue de nuevo proclamado Carlos III. Aprovecharon los ingleses la ocasión para ocupar el codiciado puerto de Mahón, y no obstante las reiteradas reclamaciones de su aliado austriaco se negaron a abandonar la isla alegando el acuerdo de la liga de que los puertos quedarían bajo el secuestro de la marina británica y, al igual que con Gibraltar, retuvieron su presa. La noticia de la rendición de Menorca a los aliados fue celebrada con fiestas y regocijos, mas atentos los mallorquines al triunfo del partido dominante que previsores de las futuras consecuencias de la ocupación inglesa

Por este tiempo el caballero d'Asfeld, que gobernaba en Valencia, decidió poner sitio a Alicante y abrió trincheras ante la plaza en la que resistía una guarnición inglesa. El Marqués de San Felipe, historiador de esta guerra, dice: "Los nobles y principales de la ciudad se salieron y embarcaron para Mallorca".<sup>11</sup> noticia confirmada por los gacetilleros isleños que anotan la rendición de aquella ciudad a las tropas de Felipe V y añaden: "Vinieron a Mallorca gran número de emigrados de dicha ciudad", hecho corroborado por los libros parroquiales en los que abundan por este tiempo partidas referentes a los alicantinos refugiados. Entregada la ciudad, la guarnición se retiró al castillo en el que continuó

<sup>11</sup> MARQUÉS DE SAN FELIPE. *Comentarios*, 344.

la resistencia esperando ser socorridos por los bajeles ingleses. Una armada de más de cuarenta unidades, el 7 de abril de 1709 fondeó en la bahía de Palma y levó el 11 con rumbo a Alicante, pero los sitiadores habían previsto esta eventualidad y construyeron una doble línea de ataque en la costa para impedir un desembarco al tiempo que se excavaba una mina para volar los muros que al estallar arrasó una parte de la fortaleza. Al llegar la escuadra anglo-holandesa procedente de Mallorca el 15 de abril, dándose cuenta el Almirante de la imposibilidad de socorrer a los sitiados negoció una capitulación honrosa de los defensores del castillo.

Pero otro acontecimiento más placentero había de llamar la atención de los mallorquines: la llegada a Barcelona de la Reina, esposa de Carlos III. Isabel Cristina de Brunswick, considerada como una de las mayores bellezas de su tiempo, antes de casarse con Carlos de Austria había abjurado el protestantismo que profesaba y abrazado la religión católica, y desposada por poderes en 23 de abril de 1708, a los tres días partió de Viena para el Tirol, siguió por Trento, Brescia y Milán y embarcó en Génova el 13 de julio en la escuadra inglesa del Almirante Leake para dirigirse a Cataluña y provisionalmente se alojó en Mataró hasta hacer su entrada solemne en Barcelona en los primeros días de agosto de 1709. El Consejo de Mallorca se había anticipado antes de la entrada de la soberana en nombrar un síndico o representante del Reino para besar la mano de Su Majestad y en 29 de dicho mes fue elegido por mayoría D. Tomás Burgues Zaforteza, a quien se asignó una ayuda de costa de 600 doblones como a su antecesor el Marqués de la Torre. El nuevo Embajador al cumplir su honroso encargo fue agraciado con el título de Marqués del Verger .

Carlos de Austria, que dominaba en Cataluña el terreno que pisaban sus soldados y que después de la batalla de Almansa había perdido las principales plazas de la tierra valenciana, quiso hacer un esfuerzo para afianzarse en el trono mediante una batalla decisiva. El general Starembergh le aconsejó que no presentase batalla en terreno donde pudiera maniobrar abiertamente la caballería española, a la que tenía en muy alto concepto, pues en estas circunstancias presentía una derrota segura. Avanzó Carlos III al frente de su ejército al mismo tiempo que Felipe V se había puesto a la cabeza del suyo y ganaba terreno hacia Lérida. Pasado el Segre, se encontraron los adversarios en Almenara y el combate fue desfavorable a los borbónicos que se retiraron debilitados hacia Aragón. Siguióles en su persecución el ejército aliado con los refuerzos que le había traído una escuadra inglesa que fondeó en Barceona, y atravesando el Cinca fue a situarse cerca de Zaragoza y la orilla del Ebro se encontraron los enemigos. Allí se libró una nueva batalla que también fue favorable al Archiduque y creyó este que había conquistado el trono de España y que el Duque de

Anjou, abandonado por su abuelo, que había perdido importantes plazas en Flandes, se iría a Navarra para penetrar en Francia y aceptaría al fin un trono en Italia que le ofrecían los aliados. Sin embargo, no fue así; Felipe V se internó en Castilla para no parar hasta regresar a Madrid. Los aliados se engañaron: Felipe V conservó las plazas que tenía en Cataluña y Valencia y sólo perdió Aragón, en cuya capital, Zaragoza, entró y fue aclamado su rival. En el campo vencedor se planteaban dos opciones; para unos había que sujetar enteramente el reino de Valencia y expulsar a los borbónicos de las plazas que ocupaban en Cataluña y para otros era preferible ocupar Navarra y dirigirse hacia Castilla para iniciar un movimiento envolvente por las regiones periféricas a fin de dejar aislada la Corte y sin posibilidad de recibir socorro.

Luis XIV se propuso auxiliar a su nieto con tropas de refresco y nombró al Duque de Vendôme para suceder en el mando del ejército felipista al Duque de Orleans. Rapidamente restaurado dicho ejército con una leva de 22.000 hombres reclutados en Castilla y Andalucía, la demora en Madrid de las tropas del rey Carlos en espera de que los portugueses entrasen por Extremadura, facilitó al Conde de Aguilar la difícil recluta. El rey Carlos regresó a Barcelona al tener noticia de que el Duque de Noailles se dirigía hacia la frontera de Cataluña con 15.000 hombres. El rey Felipe se restituyó a Madrid, aunque por poco tiempo, después de haber abandonado la Corte los enemigos que se dirigieron hacia la raya de Aragón. Los ingleses de Stanhope en 6 de diciembre de 1710 se detuvieron en Brihuega con intención de pasar el Tajo, lo que conocido por el Duque de Vendôme destacó la caballería para cortarles el camino con la ocupación de los puentes sobre el río. Acometieron los españoles en Brihuega donde se libró una sangrienta batalla y al amanecer del siguiente día capituló Stanhope y quedaron todos los ingleses vivientes prisioneros de guerra. El 10 de diciembre puso Vendôme su ejército en batalla sobre una eminencia en los campos de Villaviciosa, en el lugar mas a propósito para que pudiese maniobrar la caballería. Atacado el grueso del ejército austríaco, se peleó todo aquel día con mucho brío por ambas partes y al fin quedó el campo por los borbónicos y, como dice el Marqués de San Felipe, a la caballería se debió enteramente la victoria.<sup>12</sup> Felipe V estuvo presente y pasó aquella noche en el campo de batalla y el ejército de Starembergh se retiró con orden hacia Zaragoza.

Antes de este importante acontecimiento bélico se produjo el traslado del Conde de Zavellá al gobierno de Valencia, en cuya capital no llegó a entrar por hallarse en poder de los enemigos, y fue relevado en Mallorca por el Marqués del Rafal que tomó posesión de su cargo

---

<sup>12</sup> MARQUÉS DE SAN FELIPE, *Comentarios*, 459.

en 10 de noviembre de 1709, en un año de escasez de cereales que obligó a mezclar el trigo y el candeal con la cebada para dar tiempo a que llegase la nueva cosecha que afortunadamente fue menos deficitaria de lo que se esperaba. En julio siguiente el Virrey, de orden de S.M. pidió al Consejo un donativo voluntario para los gastos de la campaña con la esperanza de la victoria, o como decía la prosa oficial, de conseguir la común libertad poniéndose el Rey a la cabeza de su ejército. El Consejo, siempre rehacio a esta clase de donativos, representó "la suma miseria y pobreza de la mayor parte del pueblo y la notoria falta de provisiones y la excesiva carestía de todo género de víveres que se ha averiguado por el escrutinio que fue propuesto a este Grande y General Consejo a efectos de tener la deliberación sobre las dificultades que se ofrecen para asegurar el abastecimiento de este Reino." El trigo importado desde 1.º de julio hasta 22 de agosto ascendía a cerca de 10.000 cuarteras y se contaba con el que podrían traer 18 embarcaciones mallorquinas dedicadas a este tráfico, y para estimularlo se concedió una subvención a los importadores de un real castellano por cuartera. El cómputo general desde 1.º julio a 20 de septiembre fue de 32.078 cuarteras y pocos días después arribaron al puerto dos embarcaciones, con lo que se alcanzó un total de 35.310 cuarteras, y entonces se acordó mantener la ayuda de un real castellano hasta completar 150.000 cuarteras, pero pocos días después se limitó esta cantidad a 100.000 cuarteras sin contar lo introducido hasta aquel día, mas habiendo observado que hasta 11 de noviembre sólo se habían importado 46.000 cuarteras apesar del aliciente de la ayuda de costa, se acordó hacer la provisión por cuenta de la Universidad hasta 20.000 cuarteras y pagarla con una nueva emisión de censos.<sup>13</sup>

Mientras las instituciones autonómicas esquivaban prudentemente el llamado donativo voluntario, el pueblo aplaudía calurosamente la marcha triunfal del ejército real. En 13 de junio se hacían rogativas por el Rey que había salido a campaña a principios de este mes; la batalla de Almenara se celebró en agosto con grandes fiestas de acción de gracias y hasta fin del año siguieron festejándose victorias hasta la llegada del Rey a Barcelona después de haber ganado una gran batalla, que no pudo ser sino la de Villaviciosa vuelta por pasiva, y hasta enero de 1711 continuaron las luminarias por las supuestas victorias de Carlos III. Pero, pese a la manipulación general, se agitaba un grupo que seguía muy atento y bien informado las vicisitudes de la guerra y mantenía frecuentes contactos con el exterior.

Reuníase este conciliábulo en la casa de D. Juan Sureda, caballero del hábito de Alcántara, y la frecuentaban, junto con el dueño, el Marqués de Bellpuig, D. Gabriel de Berga, el Sargento mayor D. Fran-

<sup>13</sup> Archivo del Reino de Mallorca. Actas del Consejo, sig. 73, hasta el folio 188.

risco de Villalonga y el canónigo D. Ramón Salas; comunicábanse frecuentemente con determinados agentes de distinta condición social y mantenían relaciones con personajes del bando borbónico, principalmente el Conde de la Alcuía, valiéndose del patrón de una embarcación que comerciaba con los puertos del reino de Valencia. El designio de los conjurados era efectuar una sorpresa sobre la capital de la isla para proclamar a Felipe V y aportaban a ese fin gente, armas, dinero, bastimentos y otras cosas conducentes al intento de sublevar el país y volverlo a la obediencia del monarca de la Casa de Borbón. Se les acusó de haber acaparado una importante cantidad de cereales con el fin de obligar a los *forasteros*, o sea a las fuerzas aliadas de ocupación, a abandonar la isla por falta de subsistencias y con este propósito haber ocultado 14.000 cuarteras de trigo; decían que tenían prevenidos 3.000 hombres armados que había de mandar el Sargento mayor Villalonga; que en la villa de Porreres tenían alistados 2.000 hombres armados, en la de Pollensa 1.500 y en la ciudad de Alcuía otros 1.000. El plan consistía en que los 3.000 conjurados de la ciudad saldrían por diferentes partes proclamando a Felipe V y que mil de ellos ocuparían el baluarte de Santa Cruz, junto a la puerta de Santa Catalina; otros 200 se apoderarían del baluarte del muelle, 500 habían de dirigirse al castillo o palacio de la Almudaina y prender al virrey, atacando a la guardia si oponía resistencia, y los restantes recorrerían la población para sublevarla, y al mismo tiempo los hombres de Porreres habían de invadir la ciudad y si les cerraban las puertas entrarían por un portillo que sale a la ribera del mar junto a la casa de un caballero que la tenía en la Atarazana, y simultáneamente se sublevarían Alcuía y Pollensa con la gente que tenían prevenida. Para esta sublevación tenían armas en gran cantidad depositadas en lugar seguro. Creían los conjurados que después de la batalla de Villaviciosa no tardaría en rendirse Barcelona y esperaban este acontecimiento para dar el golpe, salvo que antes apareciese en la bahía alguna fuerza naval suficiente para apoyarles. Así las cosas, debió de existir alguna delación que produciría la detención de uno o varios de los agentes intermediarios a los que se les arrancarían declaraciones comprometedoras. Esto debió suceder durante el año 1711, puesto que en enero de 1712 D. Juan Sureda era deportado a Barcelona, donde fue sometido a proceso.

D. Juan Sureda prestó declaración en 27 de junio ante D. León de Peiró, Juez del Consejo de Gobierno, de la que hemos entresacado en los párrafos anteriores lo esencial de la acusación, y prestó nueva declaración en 4 de agosto. En las preguntas que se le formularon se insinúa que frecuentaban su casa los hermanos D. Ramón y D. Nicolás Fortuny, el Marqués de Bellpuig, D. Gaspar Puigdorfila, D. Ramón Brondo, D. Pedro Net, D. Antonio de Pueyo, D. Francisco Montaner, D. Savador de Oleza, D. Ramón de Puigdorfila, D. Nicolás de Berga, D. Ramón

Salas, D. Mateo Gual y Zanglada, D. Lorenzo Despuig, el Conde de Montenegro y D. Francisco de Villalonga. He aquí, con alguna que otra omisión fácil de suplir, la nómina casi completa de los caballeros mallorquines —no pasaban de veinte y cinco— que permanecieron fieles a Felipe V, como sabemos por el Marqués de San Felipe, escritor contemporáneos y bien informado. Todos los nombrados acostumbraban ir a la casa de D. Juan Sureda desde hacia dos años y medio, o sea, más o menos, desde 1710, y muy a menudo se reunían mañana y tarde, celebrando juntas en que trataban de sorprender y sublevar la capital para entregarla al que los adversarios no querían dar otro título que el de Duque de Anjou. Aunque el interrogado declaraba que estos caballeros sólo trataban en su casa de diversión y de juego, bajo la apariencia de tertulias de amigos podemos imaginar fácilmente las líneas generales de esta conspiración que fracasó con la detención de su cabeza visible D. Juan Sureda y su destierro a Barcelona, donde se tramitó el proceso.<sup>14</sup>

No sería muy rigurosa la vigilancia a que estaría sometido D. Juan Sureda desde que se libró de la cárcel cuando aprovechando la confusión producida por la evacuación de las tropas aliadas se escapó a Menorca en un buque inglés en compañía de otro caballero mallorquín incógnito, llegando a Mahón en 12 de julio de 1713 “y visto el castillo, Mahón y su puerto, pasamos a Ciudadela el día 15 donde nos mantenemos” según escribía al Conde de Montenegro el anónimo compañero de viaje, quizá su propio hijo D. Ramón Despuig. El mismo corresponsal añade muy exactas observaciones sobre la situación política y los recientes acontecimientos. Véase; “El día 14 estando para montar a caballo para Ciudadela supimos que el día 5 del mismo mes de julio, que fue al otro día que se publicó en Mahón la paz entre Francia y Inglaterra, se publicó en Mallorca la cesación de armas y evacuación y que consecutivamente celebrado el Consejo general resolvió dar la obediencia, y que a este fin nombraron para enviar al dicho D. Juan Sureda y a D. Nicolás Cotoner, el cual como llevaba cerrado el pliego de la comisión para D. Juan Sureda y no haberlo encontrado ya en Barcelona ni menos al Mariscal Estaremerch y el Almirante Genins para los pasaportes por haber partido estos el día 10 (como nosotros) con la segunda evacuación de las tropas alemanas para Génova y visto por otra parte quedar aquella ciudad amotinada y declarada contra el Rey, resolvió y restituyó Cotoner con estas novedades el pliego al Reino de Mallorca. “Refiriéndose al futuro afirma el comunicante que “no se dejará de dar cumplimiento al tratado de Utrech” y respecto a la evacuación de Mallorca cree que “el haber tratado el Marqués de Rubí con el Comandante de las seis galeras de España que pasaron a Mallorca el día 5 de agosto y se volvieron el día 8 del mismo con toda quietud, parece dar indicios de que

<sup>14</sup> Archivo Histórico Nacional, Consejos, legajo 18.773.

Rubí habrá procurado por su salud la del Reino y su resttución al Rey sin disturbio, dejándolo para mejor sazón, que será el ir con alguna fuerza”<sup>15</sup>

El tratado de Utrecht puso fin a la guerra internacional y en cumplimiento de sus acuerdos fue reconocido Felipe V como Rey de España e Indias. Continuó por algún tiempo la resistencia de Barcelona y después de rendida se aprestó una armada para la recuperación de Mallorca, de la que fueron evacuadas las tropas extranjeras que permanecían en ella. Aquí concluye nuestra narración y tenemos que remitir a los lectores a otro trabajo ya publicado que viene a ser continuación del presente.<sup>16</sup> Al emitir juicio sobre los hechos referidos, algunos han querido presentar esta querella dinástica con la imagen simplista de una pugna entre dos partidas, una aristocrática y otra popular, con el conocido contraste, a gusto de cada cual, entre buenos y malos, como en los cuentos infantiles. Así pues el Duque de Noailles, Mariscal de Francia que tomó parte en la guerra, afirma en sus memorias: “La fidelité du gouverneur et de la noblesse de Majorque ne put rien contre le soulèvement du peuple”.<sup>17</sup> Para un cortesano de Versalles esta atribución de carácter aristocrático al partido borbónico puede tener un cierto sentido laudatorio semejante al que se trasluce en algunos autores modernos al atribuir carácter exclusivamente popular al partido adverso. El catedrático de Valencia D. Juan Reglá opina que el alzamiento de 1706 fue una prolongación histórica de la Germanía y no duda en afirmar que el partido austriaco fue “la bandera dels humils”.<sup>18</sup> Las dos versiones carecen de objetividad histórica. El levantamiento en favor de Carlos de Austria procedía de causas exteriores y estuvo estimulado por el recuerdo bien reciente de las campañas sostenidas por corsarios mallorquines en las guerras con Francia. Por otra parte la subversión producida por un tumulto popular en algún modo impuesto por una fuerza extranjera tenía que inclinar a muchas personas principalmente caballeros y letrados, a permanecer fieles al monarca que habían proclamado en virtud del testamento de Carlos II, que al fin y al cabo representaba la legalidad constituida. Por tanto, no fue un choque entre diferentes estamentos sociales en defensa de sus respectivos intereses, sino una repercusión de la contienda internacional en lucha por el equilibrio europeo, erigido entonces en principio fundamental de la política de las principales naciones.

En ambos bandos figuraron personas de diferente condición social,

<sup>15</sup> Carta anónima existente en el Archivo de Montenegro, hoy incorporado al del Marqués de la Torre, legajo 64, pliego 4.

<sup>16</sup> SALVÀ, *Rendición de Mallorca a Felipe V*, BSAL, 1981, 327.

<sup>17</sup> DUQUE DE NOAILLES, *Memoires*, 2.<sup>a</sup> edición, Lausana 1777, 332.

<sup>18</sup> REGLÁ, Joan, *Introducció a la historia de la Corona d'Aragó*, 146.

caballeros, letrados, mercaderes, religiosos, menestrales etc. y no debemos excluir la labor propagandística que realizó desde Barcelona el Conde de Zavellá y la influencia que pudo ejercer sobre sus parientes y amigos de Mallorca, así como las estrechas relaciones y la frecuente correspondencia que mantenían algunos caballeros mallorquines con magnates de la corte de Madrid desafectos a la dinastía, como el Almirante de Castilla o al Conde de Oropesa. Carlos de Austria premió con largueza a los que le siguieron, entre los cuales figuraban linajes tan notorios como los Sureda de Sant Martí, los Descallar, los Zaforteza etc. a los que elevó a la dignidad de títulos, como hizo después Felipe V en favor de sus principales seguidores, aunque no a todos los que lo solicitaron alegando sus servicios más o menos reales o exagerados. Toda guerra civil arrastra una secuela de rencores y no deja de ser significativo que en 3 de abril de 1716, poco después de la rendición, el Marqués de Ledesma, Capitán General nombrado por Felipe V, mandase convocar la cofradía de San Jorge para advertir a los que la formaban, caballeros en su mayoría, haber llegado a su noticia que en algunas casas de caballeros se hablaba con desprecio del Rey y que seguían este ejemplo los dependientes de aquellas casas, o dígase los criados, amenazando si no cesaba dicho abuso con que sería castigado rigurosamente y asimismo encargaba a toda la nobleza "que si alguno sabía que cualquiera persona estaba contra Su Magestad o aparecía noticia a este objeto diese aviso a Su Excelencia".<sup>19</sup> Es un hecho comprobado que la separación o frialdad entre familias de la nobleza que pertenecieron a distinto partido en la guerra de Sucesión se prolongó hasta fines del siglo XVIII, y esta reserva o desconfianza aún entre parientes, junto con algunos destierros y confiscaciones, fueron el triste rescoldo que dejó en Mallorca aquella guerra.<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> *Ocios del Doctor Guillermo Vidal para servir de continuación a la obra de D. Guillermo Terrassa.*

<sup>20</sup> Véase *Memorias juveniles del Cardenal Despuig* en BSAL, 1973, 31-49.